



NI CONTIGO NI SIN TI: LA AFRICANIDAD EN EL DISCURSO DE LOS MILITARES AFRICANISTAS (1909-1927)

*With or Without You:
Africanity in the Discourse of the Africanist Military (1909-1927)*

Daniel Macías Fernández*

Universidad de Cantabria. España

maciasd@unican.es | <https://orcid.org/0000-0001-7202-2653>

María Gajate Bajo**

Universidad de Salamanca. España

mariagajate@usal.es | <https://orcid.org/0000-0003-2459-3712>

Fecha de recepción: 17/09/2021

Fecha de aceptación: 19/01/2022

Acceso anticipado: 21/05/2022

Resumen: Este trabajo pretende poner de manifiesto la relevancia de África y de la población colonizada marroquí en la gestación de la identidad y del imaginario de los africanistas. Para procurar este objetivo, los autores exploran la imagen que los africanistas tuvieron del enemigo; una imagen siempre contradictoria, que conjugaba el esperable odio con algunas dosis de admiración. El artículo plantea, por último, la posibilidad de que la oficialidad colonial experimentara un fenómeno de asimilación discursiva de la africanidad como resultado, en parte, de su prolongado contacto con los magrebís y, en parte, de su lectura darwiniana y decadente

* Daniel Macías Fernández ha elaborado su parte del presente artículo dentro del proyecto Prin 2017 WLPTRL, *Il brigantaggio rivisitato. Narrative, prácticas y usos políticos en la historia de la Italia moderna y contemporánea*, coordinado por Carmine Pinto en la Universidad de Salerno.

** María Gajate Bajo ha elaborado su parte del presente artículo dentro del proyecto I+D «La España global. Las identidades españolas en perspectiva transnacional (1936-2014)», coordinado por el profesor Xosé Manoel Núñez Seixas (Ref. PID2019-108299GB-C22).

de la realidad nacional. Gracias al estudio de múltiples testimonios de los protagonistas de las contiendas y desde las premisas de la historiografía militar más volcada en la dimensión cultural de la guerra, se admite, en primer término, la tesis historiográfica de que la población colonizada sufrió un proceso de aculturación. En segundo lugar y, sobre todo, se ahonda en las particularidades del imaginario africanista y, también, en el sentimiento de admiración que estos oficiales experimentaron hacia sus enemigos.

Palabras clave: africanismo; Campañas de Marruecos; imaginario; discurso; decadentismo; desastre de Annual.

Abstract: This work aims to highlight the relevance of Africa and the colonized Moroccan population in the building of the Africanist identity and imaginary. To achieve this goal, the authors explore the image that the Africanists had of their enemy; an always contradictory image that combined the expected hatred with some doses of admiration. It also raises the possibility that the colonial officers experienced a discursive assimilation of Africanity, partly as a result of their prolonged contact with the Maghreb population and also of their Darwinian and decadent reading of the national reality. Thanks to the study of multiple testimonies of the protagonists and based on the premises of the military historiography more focused on the cultural dimension of war, it is assumed, in accordance to current historiographical proposals, first, that the colonized, the Moroccan population, suffered a process of acculturation. Secondly, and more specifically, we will explore the particularities of the Africanist imaginary and, above all, the feeling of admiration that these officers experienced towards their enemies.

Keywords: Africanism; Moroccan Campaigns; imaginary; speech; decadent; Disaster of Annual.

Sumario: 1. Introducción; 2. De Cuba al Rif: la crisis del 98 en perspectiva global; 3. Aislamiento y endogamia: experiencia y naturaleza de la guerra española en el Rif; 4. El africanista frente al *moro*: una relación de amor-odio; 5. Los africanistas y Annual: descifrando el rompecabezas del Rif; 6. Conclusiones; 7. Referencias bibliográficas

Cada vez tengo más miedo al contagio de esta barbarie de la guerra. Los hombres se vuelven hienas. ¡Con cuán peligrosa facilidad puede operarse el contagio!
Indalecio Prieto (2001, p. 91)

1. INTRODUCCIÓN

El periodista Indalecio Prieto acertaba al recelar de ese contagio, convirtiéndose en un aventajado a la hora de presagiar la alarmante brutalización de

la contienda marroquí¹. Brutalización que obedecía, como aquí se barajará, a un peculiar fenómeno de asimilación discursiva de algunos supuestos rasgos rifeños, en un contexto racista y protagonizado por parte del ejército colonial español en el protectorado. A principios del siglo xx, en este espacio protegido de España y localizado al norte del Atlas², se forjó una identidad compleja y rica —la africanista—, compuesta por ingredientes de la población metropolitana, pero también de la población colonizada. Se constataba así, por tanto, la influencia de la colonia, o de los lugareños si se prefiere, en el colonizador, al menos en el plano retórico.

Todo grupo identitario juega, como bien es sabido, con la fijación clara de lo propio frente a lo ajeno; un «nosotros» frente a un «ellos», que se definen a lo largo de un proceso más o menos extenso y dificultoso. En el caso del presente estudio, los marcos delimitadores de nuestra colectividad, que fomentan una identidad grupal ante el «indígena» y ante el europeo no africanista, serán ciertos componentes culturales surgidos de la cambiante percepción de la realidad por parte de estos actores históricos: los africanistas (Hunt, Benford y Snow, 1994, pp. 132-134).

Los africanistas conformaron un grupo bien cohesionado dentro del ejército español. Constituyeron, como seguidamente se mostrará, una comunidad de frontera, teóricamente apolítica —creían encarnar al pueblo en armas—, y con marcada tendencia al aislamiento y al elitismo³. Aunque difícil de acotar, el militar africanista es aquel oficial, jefe o general que participó en las campañas de Marruecos (1909-1927), tomando parte activa en las mismas y sintiéndose identificado con los planteamientos colonialistas expresados en ese entorno, es decir, con una determinada cultura castrense (Balfour y La Porte, 2000). El núcleo del africanismo se encontraba entre la oficialidad de las tropas coloniales: Regulares, Policía Indígena, Mehalla, Intervención, Harcas y el Tercio de Extranjeros (Macías y García, 2021).

El imaginario africanista, de incuestionable importancia histórica en la España del siglo xx (Mas Chao, 1988; Balfour, 2002; Nerín, 2005; Macías, 2019), se definió, al menos parcialmente, por caracteres del mundo norteafricano —bereber—, per-

¹ La idea de la espiral de violencia o brutalidad creciente del conflicto marroquí es avalada por algunos de los principales especialistas en la cuestión (Balfour, 2002, p. 176; Madariaga, 2005, pp. 393-394).

² Esta región, según lo acordado en 1912, contaba con una superficie de 22 790 kilómetros cuadrados, que representaban una mínima concesión ante los 415 000 kilómetros cuadrados de protectorado francés. Se trataba de un terreno bastante montañoso, con un régimen hidrográfico muy pobre y una climatología poco propicia. La población era de unos 750 000 habitantes, con predominio bereber, distribuidos en sesenta y seis tribus —cabilas— diferentes. El espacio agrícola aprovechable representaba solo el 15 % de la superficie total, de lo que derivaban las alusiones populares a la «la espina del Rif» y el «hueso de Yebala» (Ruíz Albéniz, 1921, pp. 13-26).

³ Proceso que afectó a todo el ejército después de los acontecimientos de 1898 (Puell, 2019, pp. 128-135).

cibido como positivo dentro de un sustrato cultural occidental⁴. Este suceso no deja de resultar paradójico, habida cuenta de que el argumento más manido para justificar el colonialismo fue la supuesta superioridad de las «razas» europeas sobre los contingentes poblacionales que se debían colonizar y/o «proteger»⁵. Ahora bien, tal fenómeno se vuelve comprensible desde el prisma conceptual de la denominada «crisis de la razón» del periodo de entre siglos.

2. DE CUBA AL RIF: LA CRISIS DEL 98 EN PERSPECTIVA GLOBAL

En el ámbito occidental, esa crisis de la razón se entiende como cierto malestar cultural sumado con no poco inconformismo ante la cosmovisión dominante, la liberal-burguesa, caracterizada por una fe ciega en el progreso material y en el imperio de la razón (Burrow, 2001; Jensen, 1995, pp. 25-175). Las causas de la puesta en duda de la razón, sobre todo por parte de los sectores sociales más formados, y de las posibilidades de avance hacia un futuro idílico, fueron varias. Sin ánimo de ser exhaustivos, entre las principales se pueden identificar estas: las disputas internacionales por el reparto colonial de Asia y África, origen de que la tensión entre las grandes potencias y de que la carrera armamentística se acentuaran; la formación de nuevos Estados que van a desarrollar un papel muy destacado en el panorama mundial (Italia y, sobre todo, Alemania; aunque tampoco olvidemos, en el otro extremo del planeta, la pujanza del Japón Meiji o la emergencia de una república en China); y, por último, las crisis económicas que afectaron a las clases más desfavorecidas, empeorando sus condiciones de vida, fortaleciendo al obrerismo y

⁴ En el presente trabajo, aunque se emplee el término «marroquí», nos referiremos, en realidad, a la población de las tres regiones militares del Protectorado español, a saber: Rif, Yebala y Gomara. Los habitantes de estas zonas, rifeños, yebalíes y gomaríes, respectivamente, fueron los combatientes más presentes en el discurso africanista (sobre todo, los primeros). A pesar de esas diferentes nomenclaturas, que obedecían a razones geográfico-administrativas, las distinciones, en las fuentes, no atendían a una causalidad étnica. Los administradores militares separaron a «amigos» y «enemigos». La máxima distinción perceptiva étnico-racial se establecía, según los informes y manuales coloniales del periodo, entre árabes y bereberes. Por este motivo, la palabra «bereber» se emplea frecuentemente como sinónimo de «rifeño». Ahora bien, en la mayor parte de los testimonios del periodo, este vocablo alude a las gentes de las zonas montañosas, hombres aguerridos y militantes —complicamos más la explicación— del islam morabítico. Se diferenciaban de los «árabes» del llano, menos belicosos, seguidores del islam ortodoxo y, por ende, más «evolucionados» y proclives a la causa colonial española. En la última parte del artículo, lo anticipamos, sí se diferencia entre rifeño, árabe y bereber.

⁵ El teniente coronel Duyos Sedó mostró ese determinismo racial en su conferencia «Las razas blanca y amarilla. Momento actual de sus respectivas trayectorias», pronunciada en el Casino de Clases, el 11 de noviembre de 1927. Entre otras cosas, afirmó que «la raza negra aparece diseminada, pulverizada bajo el sol africano».

abonando el terreno para el nacimiento de corrientes ideológicas revolucionarias como alternativas al liberalismo (Wesseling, 1999).

Todos estos avatares nutrieron una atmósfera de desengaño y de recelo, donde fueron emergiendo —como respuesta— algunas alternativas filosóficas apoyadas en el irracionalismo. En conjunto, la introducción de la biología en las relaciones sociales (el racismo de base científica, con la supuesta jerarquía natural de las razas, fue una de sus manifestaciones más significativas), el darwinismo social, el belicismo y el vitalismo conformaron un magma teórico-intelectual al que acudieron muchos de los sectores más críticos con la cultura dominante. Soluciones extremas para tiempos convulsos. Así ocurrió, por ejemplo, en algunos escenarios coloniales, donde todo lo enunciado desembocó en un claro proceso de construcción discursiva de un conveniente hermanamiento entre etnias⁶. Es decir, que los ejércitos europeos integraron en su cosmovisión elementos considerados como positivos del mundo africano y asiático; elementos que contribuyeron a que se distanciasen de la metrópoli y de lo que se percibía como síntomas manifiestos de decadencia.

Mientras, en España, una crisis de carácter nacional, el Desastre de 1898, sacudió las conciencias de buena parte de la población instruida, volcada desde entonces en la reflexión a propósito del futuro nacional y en la obligada reforma del país para la supervivencia de sus habitantes. En 1895 había estallado una sublevación, en Cuba, contra la metrópoli española y en 1896 sucedió lo mismo con Filipinas; pronto la guerra se enquistó, saltó a los medios, encolerizó a las masas y, al final, el desgaste económico y humano para una potencia de segundo orden, como la España finisecular, resultó insoportable. Las «trochas» se convertirían en el paradigma de la violencia racial, acrecentando el abismo emocional entre la Cuba campesina y el dominio español (García Balañá, 2018, p. 673). La guerra colonial, además, condujo a la intervención de los Estados Unidos y se saldó con las contundentes derrotas navales de Santiago y Cavite (1898). El ejército y la marina españolas fueron los elementos más perjudicados por el desarrollo de los acontecimientos bélicos, en los que lucharon con medios realmente precarios, y a los que más afectó la amputación territorial que supuso la pérdida de las últimas posesiones ultramarinas hispanas, los restos del antaño glorioso imperio americano⁷. Sobre todo, porque fueron señalados por políticos y opinión pública

⁶ El caso británico es el mejor estudiado, destacando el estudio de Streets-Salter (2005) sobre las prácticas y discursos exhibidos por el gobierno metropolitano para procurar la integración de soldados «indígenas» bajo mandos europeos.

⁷ Para el estudio de la violencia desatada durante el conflicto cubano, remitimos a la obra de Stucki, (2017). El autor —que reniega del vocablo «genocidio», apelando a la «barbarie española»— recuerda que Weyler siempre se mostró orgulloso de su método (Stucki, 2017, p. 59) y que se llegó a sopesar el empleo de las reconcentraciones en la Tercera Guerra Carlista porque «la demonización del otro y su exclusión de la civilización — o en su caso, de la nación— abría el camino a las medidas extremas contra la población civil» (Stucki, 2017, p. 57). También, Dámaso

como responsables de la derrota; una propicia cabeza de turco, resentida y encerrada, cada vez más, en sus cuartos de banderas.

Múltiples propuestas de reparación nacional engrosaron a partir de ese instante un movimiento que se conoce como Regeneracionismo: regeneración es un término médico (vocabulario muy del gusto del momento) que venía a aludir a la necesidad de curar un cuerpo enfermo; así, muchos de los grandes intelectuales regeneracionistas se declararon «médicos de la nación» y propusieron diversos remedios para la recuperación patria. Desde la apuesta por el aislamiento —es decir, la curación autárquica o, en palabras del político mallorquín Antonio Maura, el respeto al *statu quo* (Terreros, 2013)—, a la más decidida proyección exterior mediante el imperialismo como camino para forzar la vigorización del país. En ambos casos, más si cabe en el segundo, las corrientes intelectuales irracionalistas tuvieron una destacada influencia.

Los partidarios del fortalecimiento castrense y de esta mayor proyección exterior de España se posicionaron, de inmediato, a favor del colonialismo. Un colonialismo, acláremoslo ya, que no se correspondía con el comercial y de penetración pacífica, defendido por los sectores civiles de las Sociedades Geográficas españolas⁸; sino que respondía a un pretendido e idolatrado colonialismo de viejo cuño, aquel que reivindicaba el pasado conquistador de la vieja Castilla en América como modelo a perpetuar. Sirva como ejemplo de lo enunciado el hecho de que uno de los líderes africanistas más destacados, el general Sanjurjo, hiciera referencia al caduco imperio americano y a los soldados que lo tomaron por las armas, en un documento tan destacado como la orden general que finalizaba la guerra del Rif, fechado el 10 de julio de 1927: «Para mantener el legado de altivez que nos dejaron nuestros antepasados, conquistadores de un mundo» y «todo lo habéis vencido y soportado con entereza y valor que recuerda el de nuestros audaces conquistadores»⁹.

A pesar de la alambicada retórica, Sanjurjo y tantos otros apostaban en realidad por un nuevo colonialismo basado en la proyección militarista hacia el exterior, en la carrera contra Francia —la aliada diplomática de España a la par

Berenguer reflexionó sobre este «ruinoso procedimiento», y caro, descartando su empleo en el Protectorado (Stucki, 2017, pp. 48-50). Stucki se plantea por qué fue la contraguerrilla española en Cuba la que, precisamente, despertó una oleada de indignación internacional en medio de un sinfín de conflictos coloniales. Halla su respuesta en los intereses económicos de EE. UU. en la isla y en el hecho de que la reconcentración perjudicase sobre todo a población blanca (Stucki, 2017, p. 215).

⁸ Agrupaciones de intelectuales, políticos, periodistas y hombres de negocios que proponían un tipo de colonialismo indirecto y comercial (Nogué y Villanova, 1999, pp. 184-224). Destacaron la Sociedad Geográfica de Madrid (1876), la Sociedad Española de Africanistas y Colonialistas (1883) y la Liga Africanista Española (1913).

⁹ El bando que anuncia el fin de la guerra se encuentra reproducido en Ibn Azzuk Hakim (1997, pp. 13-15).

que competidora *de facto* (Caballero, 2013, pp. 55-74 y 128-145)— y sostenido por las filosofías coetáneas. Con todo, las referencias al pasado colonial español y a las esencias históricas del país fueron constantes. No hay que perder de vista que el influjo romántico todavía estaba muy presente en algunos sectores de la población occidental y que, en el caso español, el ejército era uno de sus reductos más destacados. El honor constituía uno de sus rasgos claves, al igual que la visión sublimada del aventurero-conquistador, dispuesto a derramar su sangre por el ideal por el que peleaba, en este caso, la patria (Iglesias, 2016)¹⁰.

Los militares se sumaron, en síntesis, con entusiasmo a este proyecto regeneracionista, al constituir una minoría educada dentro de una masa de población analfabeta o con muy poca instrucción¹¹. Los africanistas —dispuestos a aportar su granito de arena— se erigieron como perfecta encarnación de los salvadores de la nación, la única colectividad sana en medio de entorno social de atonía; la reclusión psicológica y física que sufrieron sus contingentes en el protectorado marroquí durante largas estancias les llevó a romper con la «putrefacta» cultura metropolitana— corrupta por el materialismo— y a conformar un nuevo carácter grupal a partir de la convivencia y de la lucha contra las poblaciones norteafricanas. En este sentido, el hispanista Sebastian Balfour afirma que «la guerra [colonial] fue vista como el crisol para la resurrección de la raza que compensaría la decadencia ocasionada por el liberalismo y otras culturas políticas ajenas» (Balfour, 2003, pp. 99-100). Este sector del ejército contempló la protección de España a Marruecos como la forma de resarcirse de las pérdidas ultramarinas y de dinamizar el propio país¹². Necesitaban, dicho de otro modo, lamerse sus heridas y Marruecos se erigía como el escenario soñado para tal propósito, para contrarrestar esta crisis identitaria¹³.

En la gestación de su imaginario, forjado al calor de la contienda, va a sobresalir la complaciente adopción de varios elementos arquetípicos del duro combatiente bereber —ligados a la imagen del «buen salvaje»—, tales como el amor a la libertad, el gusto por la guerra, la ferocidad en la batalla, la defensa enconada de

¹⁰ Se ha convertido en lugar común el hecho de incidir en su rechazo hacia la vida peninsular, el miedo al bolchevismo, el deseo de gloria, la aceptación de métodos brutales de combate, etc.

¹¹ El porcentaje de analfabetos en la España de 1900 superaba los dos tercios de la población (Ribas, 1998, p. 61).

¹² Asumimos el concepto de realismo conservador, que procede de la sociología militar estadounidense (Huntington, 1957), para referirnos a la «mentalidad militar».

¹³ Siguen la estela de Heather Streets, explorando cuestiones identitarias y sus conexiones con la raza y el género, investigadores como Ferrán Archilés (2012) o Al Tuma (2018). Gemma Torres, por otro lado, defiende una visión dicotómica del Regeneracionismo que no nos convence. La autora separa de modo apriorístico al colectivo castrense del conjunto de socialistas, liberales y republicanos (Torres, 2017, pp. 63-64).

su tierra o el apego a la tradición¹⁴. Actitudes que eran percibidas como extintas en una metrópoli corrupta, debilitada por el egoísmo, la disgregación de fuerzas, la comodidad, la carencia de espíritu de sacrificio o el mínimo amor a la patria.

Conviene por ello que nos aproximemos, en primer término, a la naturaleza de las campañas de Marruecos para poder entender mejor, seguidamente, las complejidades de la relación hispano-rifeña y cómo se vieron afectadas estas después del varapalo de Annual.

3. AISLAMIENTO Y ENDOGAMIA: EXPERIENCIA Y NATURALEZA DE LA GUERRA ESPAÑOLA EN EL RIF

El protectorado español en Marruecos, a pesar de ser un territorio bajo tutela, y no una posesión colonial propiamente dicha, fue contemplado por importantes sectores de la intelectualidad española como una posible «cura» para la «enfermedad» que asolaba la nación (Iglesias, 2015). Un significativo número de pensadores, de extracción civil, divisaron en Marruecos el camino para recuperación de España en los planos tanto económico como internacional. No obstante, el avance hacia lo que se ha denominado «la escalada militar» (desde la campaña de 1909), hizo desistir a muchos de sus antaño optimistas ideales. Así ocurrió con Joaquín Costa, personaje emblemático que pasó de una defensa enconada de la expansión española a propugnar el abandono de todo compromiso en Marruecos, considerado como verdadera sangría de recursos. En fechas posteriores, algo similar sucedió también con Miguel de Unamuno. En cualquier caso, las justificaciones para la expansión de España en la otra ribera fueron múltiples y de fácil asimilación por los teóricos africanistas, aunque hay que destacar la predilección por el recurso a la historia (el pasado conquistador y colonizador del pueblo español) y el miedo al «emparedamiento» galo¹⁵.

En cuanto a la posición de la élite castrense, esta asumía la máxima de que quien no crece perece, y con más motivo tras el aciago 1898, esta propuso la inversión de los recursos de la maltrecha Hacienda hispana en el ejército y la marina. Opinaba que así se podría incrementar la proyección exterior de España y volver a situarla en el lugar que le correspondía. El general Agustín de Luque se pronunciaba en este sentido y apostaba por:

¹⁴ Balfour suma otros elementos de la cultura bereber, asimilados por parte de los africanistas: la virilidad, la religiosidad y el «sentido del destino» (Balfour, 2003, p. 100).

¹⁵ Junto a la historia, se apeló a la biología, la política internacional, la geología o la geografía: «España no concluye en el estrecho de Gibraltar; de igual modo que las fronteras naturales de los pueblos no son los ríos, sino las cordilleras que determinan sus cuencas, la frontera meridional de las naciones latinas no es el Mediterráneo: es el Atlas y el desierto del Sahara» y la forma de conquistarlo es militarmente por «pueblos fuertes y varoniles» (Costa, 1882, p. 301).

unirnos en un mismo sentimiento, en el sentimiento de la Patria, para que al calor de este sentimiento broten los barcos para la Marina y los cañones para el Ejército, porque la razón de la fuerza, a despecho de la civilización y de los sentimientos de humanidad, siguen siendo la diosa Razón (Luque, 1901, p. 93).

Semejante comentario revelaba, a todas luces, una concepción marcadamente belicista de las relaciones internacionales marcada por la ley del más fuerte¹⁶. En la misma dirección apuntaba, por ejemplo, el teniente coronel León Martín Peinador, al asegurar en 1908:

Que esa es la moral internacional moderna: desprecio y anulación a las naciones que se empeñan en ser moribundas; pleitesía y facilidades a las que por la cultura y por su propio impulso económico y militarmente se saben engrandecer y hacerse respetar (Martín Peinador, 1908, p. 43).

Este tipo de militarismo regeneracionista entendió la guerra como actividad vigorizadora de la civilización al ser contraria del «afeminamiento» causante del debilitamiento social. El general Emilio Mola relató las bondades de la guerra de forma meridianamente clara:

No soy un entusiasta de la guerra ni creo que nadie pueda serlo, sobre todo quienes la conocen; pero lo que sí digo es que en la guerra se forja el alma de los pueblos, como en la lucha cotidiana toma carácter la voluntad de los hombres [...] la guerra es un fenómeno natural [...] constituye una necesidad biológica; en ciertos casos es, a más de eso, una obligación ética. Como necesidad biológica, la guerra es el efecto de una causa superior a la voluntad individual, incluso al dinamismo colectivo: es una ley fatal e inexorable del universo; como obligación ética, un medio indispensable de civilización cultural (Mola, 1940, p. 11)¹⁷.

Muy sugerentes, asimismo, resultan las siguientes palabras de Francisco Franco en una contribución para la *Revista de Tropas Coloniales*, publicación señera de los militares africanistas:

La obra de España en Marruecos es obra de gigantes: no es la dificultad de una guerra con enemigo organizado, grandes batallas, poblaciones... corazón en que

¹⁶ En *El Ejército Español*, el 29 de septiembre de 1909, en un artículo llamado «Pinceladas: El Gurugú» se sostiene, a colación de la conquista del Gurugú, que: «en él vemos la nueva vida española, la regeneración patria, la reconstitución total y absoluta del país. Y todo esto hay que tomarlo, hay que conseguirlo, hay que conquistarlo. ¿Cómo? A fuerza de tesón, de tenacidad, de disciplina social, de constancia» (*apud* Schulze, 2003, p. 94).

¹⁷ En el mismo sentido se pronunciaba Franco: «la guerra fue siempre el crisol donde se purifican los valores, y escuela de los grandes capitanes» (Franco Bahamonde, 1986, p. 44).

herir el poder enemigo... Es guerra de asimilación: hay que castigar sin despertar odios; el enemigo de hoy es el aliado de mañana (Franco Bahamonde, 1924, p. 5).

Si atendemos a esta aseveración, parecían enormes las responsabilidades de los mandos africanistas. Además, era en las operaciones de combate, y por tanto en un medio extremo, donde el individuo había de romper con todo corsé cultural heredado de un determinado entorno social para luchar por su supervivencia y la de sus compañeros de armas; momentos en los que el instinto y las virtudes de cada uno se potenciarían al máximo ante el peligro manifiesto de la muerte —«impulso vital» por el desafío extremo de la guerra. Esta filosofía se intrincaba, además, con elementos raciales y con una fuerte cultura de la virilidad en la milicia¹⁸. Todo ello, acabó alimentando planteamientos coloniales partidarios de acciones militares decididas y contundentes que habían de ser llevadas a cabo por un ejército fuerte.

En suma, estos tres principios someramente descritos, el del apremiante incremento del presupuesto castrense, esa lectura darvinista de las relaciones internacionales y la defensa enconada de las virtudes de la guerra, hallaron enorme aceptación entre gran parte del ejército español, los encargados de colonizar Marruecos. Contribuyeron, en buena medida, a confeccionar su visión de la realidad circundante.

Si por algo se caracterizaron, por otro lado, las campañas de Marruecos, fue por el aislamiento de sus combatientes, a pesar de la cercanía del territorio con la metrópoli. El tiempo de operaciones y de servicio, así como la naturaleza de estas contiendas, fueron los elementos que incidieron en tal sensación. Las estancias de los que consideramos militares africanistas solían ser de años, en todos sus grados, y su presencia en el campo de batalla prolongado por el sistema español de dominación del territorio por medio de blocaos (pequeñas fortificaciones aisladas estableciendo una red entre ellas y con otras mayores). El alto comisario Dámaso Berenguer disfrutó de su primer mes de descanso en la península en diciembre de 1920: «descanso que me era bien necesario después de dos años de ininterrumpidas operaciones, y el único que disfruté en mis tres años y medio de mando en África» (Berenguer, 1923, p. 5)¹⁹.

En cuanto a la descripción y aislamiento de las pequeñas fortificaciones españolas en el protectorado, los blocaos:

¹⁸ Alusiones tales como «el entusiasmo y viril moral de estos soldados», «¡viriles gallardías!>> eran frecuentes (Franco, 1986, pp. 204 y 211). El ex-alto comisario Dámaso Berenguer, bastante descriptivo en su diario de operaciones, se refería a los atributos positivos de la raza española en relación con la guerra y la valentía, en el contexto de la desbandada de Annual: «y en otros sitios aniquilados en la heroica lucha contra el vencimiento a que no se resignaba la enérgica fiereza de la raza» (Berenguer, 1923, p. 86).

¹⁹ El comandante Valdés se expresaba en el mismo sentido: «diez años va a hacer que soy oficial y casi no he salido de África» (Valdés, 2007, p. 247).

Eran barracas de madera, de unos seis metros de largo por cuatro de ancho, protegidas hasta la altura de un metro y medio por sacos terrenos y muy raramente por plancha de blindaje, y rodeadas por alambre de espino. En este reducido espacio se estacionaba una sección de compañía al mando de un sargento: veintiún hombres, aislados del resto del mundo (Barea, 2006, p. 78).

No sorprende que algunos de los protagonistas de las campañas de Marruecos fueran, ante tan severas circunstancias, sumergiéndose en ese ideario imperialista de regeneración de la patria por la guerra y el engrandecimiento territorial; hasta verse a sí mismos como esos «elegidos» de la nación para desarrollar una «misión» vital, a saber: «la salvación» del país²⁰. Dentro de esta cosmovisión, las cuestiones de índole moral fueron relegadas por una «ley de la supervivencia» de corte biológico.

A este complejísimo proceso contribuyó igualmente el hecho de que el ejército español solo tuvo aquel campo de batalla —raquítrico, además de agreste, si comparamos con los imperios británico o francés—, el del protectorado marroquí, para mostrar sus capacidades. El último clavo ardiendo al que aferrarse. Quizás por esta razón, un sector de los oficiales allí destinados se creyó la élite castrense del país y, por supuesto, la élite nacional²¹. De modo muy ilustrativo, señalaba Franco que Marruecos era el territorio donde se forjarían verdaderos soldados, puesto que en la Península estaban sometidos a «la peligrosísima decadencia del entusiasmo militar» y, sin embargo, en aquel territorio magrebí «se contrastan valores y méritos positivos, y esta Oficialidad de espíritu elevado que en África combate, ha de ser un día el nervio y el alma del Ejército peninsular» (Franco Bahamonde, 1939, pp. 57-58).

Por último, el rechazo hacia la guerra colonial por parte de la inmensa mayoría de la opinión pública española —con sus naturales altibajos, todo sea dicho (Gajate, 2012)—; su uso como arma arrojada por parte de los partidos políticos; su instrumentalización también por los nacionalismos catalán y vasco, las críticas del obrerismo, así como los constantes ataques de los oficiales metropolitanos (Gajate, 2019) hicieron que los combatientes africanistas se alejaran de la conciencia

²⁰ El africanismo castrense se gesta, insistimos, a lo largo de los conflictos intermitentes sostenidos en el norte de África, un escenario donde la oficialidad hacía y deshacía a su antojo, exhibiendo una ideología ultraconservadora y antidemocrática. Una década después, el africanismo se transformará en uno de los grandes desafíos para los gobiernos de la Segunda República (Villalobos, 2004).

²¹ Mola instrumentaliza los comentarios de un observador germano y dice que «los Cuerpos militares de Madrid dan la sensación de caricatura; mas, al ver la organización e instrucción de vuestras unidades coloniales, deduzco que sois capaces, si os lo proponéis, de crear un gran ejército»; Alude, además, a «la oficialidad de las fuerzas de choque» como «el elemento más sano del Ejército» (Mola, 1940, pp. 1030-1031 y 1018-1019).

metropolitana, empeñándose en reorientar al «pueblo»²². Un concepto al que otorgaban el significado de *auditorio*, es decir, una especie de clase neutra en un estado infantil. Poseía las bondades de la «raza», pero que era manipulado por los *antagonistas* de los *africanistas*.

Abundemos en la materia: la imagen que tenían los africanistas de la metrópoli venía marcada, lo sabemos, por el rechazo hacia el modelo de sociedad liberal-burgués. Así lo denunciaba Mola:

¡Pobres diablos! Con que su egoísmo y cuando no su cobardía les haya hecho descender al orden de los seres en que el instinto domina sobre los sentimientos [...] los tiempos que corremos son más de dar satisfacción al estómago que al espíritu; aunque no debieran olvidar los que así piensan que el progreso de los pueblos no se hizo a fuerza de satisfacer la gula, sino de fomentar ideales, y que lo primero es sistema propio de cebar cerdos, pero jamás lo fue de engrandecer naciones (Mola, 1940, p. 988).

Todo aquel que atacase la causa colonial o a sus protagonistas sería un enemigo de la nación: un *antagonista*. Así las cosas, la Semana Trágica de Barcelona, una protesta mezcla entre motín popular y revolución social, provocada por la llamada a filas de reservistas españoles para combatir en la campaña de Melilla de 1909, se interpretó por los sectores castrenses como lo hizo el periódico político-militar *El Ejército Español* el 27 de julio, en su editorial «Se impone la represión»:

La represión debe ser rápida, enérgica y dura, durísima, en proporción con lo culminante del delito. Nada de componendas ni debilidades. El provocar un conflicto en las presentes circunstancias es atentar contra la seguridad de la Nación; es pedir que se abandone al Ejército en África; es instigar a la sedición en la rebelión a los que por ministerio de la ley pueden ser llamados de un momento a otro para reforzar aquel Ejército [...] El rigor de los primeros momentos evita a veces mucha sangre y muchas lágrimas (Schulze, 2003, p. 99).

En el mismo sentido se fueron posicionando los africanistas respecto a las Juntas de Defensa, a quienes tildaron de antipatrióticas por su postura en contra de los ascensos por méritos de guerra²³. Las Juntas de Defensa fueron organizaciones

²² Junto a la prensa, un instrumento fundamental para reorientar al pueblo fue el teatro. Para conocer su potencial propagandístico, evidente desde la campaña de 1859, remitimos al trabajo de Alda Blanco (2012, pp. 27-47), que denuncia además cierta desconexión entre la conciencia imperial decimonónica y el quehacer historiográfico actual.

²³ El episodio más célebre del conflicto lo protagoniza el histriónico José Millán Astray, cuando solicita su baja del ejército en noviembre de 1922 y logra, finalmente, la anulación de las Juntas (Rodríguez, 2006).

de tipo sindical que surgieron en 1917, en un momento de enorme efervescencia social, para defender los intereses de la colectividad militar (Atienza, 2012, pp. 227-275). Con el transcurso del tiempo, se posicionaron contra los africanistas por considerarlos monopolizadores de los méritos de guerra, de un mayor sueldo y de influencias en el entorno palaciego²⁴. Los junteros eran partidarios, en cambio, de los ascensos por rigurosa antigüedad y de crear un ejército colonial con una escala propia separada de la metropolitana, medidas muy perjudiciales para los africanistas (Alonso, 2004).

Entre los acusados, el colectivo africanista también señalaba a los políticos, responsables de limitar sus acciones y sus recursos para el buen cumplimiento de su «misión». Eran más beligerantes aún con los partidos y agrupaciones de la izquierda extraparlamentaria, a las que achacaban buena parte de la indisciplina popular. Incluso, elementos más o menos afines, como las Sociedades Geográficas españolas, que, partidarias de un colonialismo civilista y mercantil, eran calificadas como centros de reunión para «estrategas de café» y despreciadas por no contemplar la guerra y la conquista como claves para la higienización del país²⁵.

Sobre todo, fueron las persistentes vacilaciones de los políticos las que saturaron a los africanistas. Se reflejaba este hartazgo, por ejemplo, en la *Revista de Tropas Coloniales*, magnífico portavoz de los intereses africanistas. Esta publicación fue eminentemente intervencionista y el general Gonzalo Queipo de Llano, su primer director, sintetizaba sus metas así: «Ser útiles a nuestra patria [...] la condición primordial para alcanzar el éxito es la absoluta continuidad de las normas a seguir, que deben permanecer constantes, con racional adaptación a las circunstancias» (Queipo del Llano, 1924, p. 2).

Una búsqueda de la utilidad que justificó la práctica de una guerra «sucias» —el concepto es operativo, aunque pueda resultar poco académico—, la cual incluyó razias, incendios, mutilaciones, etc. Poco a poco se hizo habitual reducir los aduarez a un «amasijo de escombros», si bien en paralelo al empleo de estos métodos salvajes propios de una guerra irregular, se fue extendiendo también la demanda de medios modernos de combate: carros de combate, bombardeos aéreos y gases tóxicos (Madariaga, 2009, pp. 219-236).

Incomprendidos y, además, enfrentados a un pueblo al que contemplaban como desnortado, los africanistas se encontraron allende el Estrecho con que la

²⁴ Mucho se ha escrito de la admiración que el Rey profesaba hacia el heroísmo bravucón de Silvestre. Alfonso XIII acostumbraba a escribirle, animándole a infligir un duro castigo sobre El Raisuni y prometiéndole tropas: «Si crees que en algún momento puedo apretar por arriba (...) ya sabes que puedes contar conmigo» (Hall, 2005, p. 178).

²⁵ Fernández Oxea (1985, p. 23) afirmaba que «la prensa de Madrid envió corresponsales que mandaban unas crónicas adobadas sobre las mesas de los cafés de Melilla». Esta figura del «estratega del café» resultó particularmente molesta para los africanistas, siempre recelosos ante sus intrusiones.

población a la que debían «proteger» y dotar con los «dones de Occidente» era un serio enemigo de la civilización. Aunque, paradójicamente, esta mereció cierta admiración. El africanista Tomás García Figueras, por ejemplo, definiría al pueblo marroquí como «inadecuado, crédulo e infantil, a pesar de su masculinidad» (Jensen, 1985, p. 89); es decir, en un estadio evolutivo y civilizatorio bajo, pero conservando caracteres naturales de alta estimación como, en este caso, la virilidad o la masculinidad.

Como seguidamente se comprobará, este será un atributo con el que el ejército se veía fácilmente identificado y que los militares coloniales llevaron a su máximo exponente en cuanto a importancia identitaria²⁶.

4. EL AFRICANISTA FRENTE AL MORO: UNA RELACIÓN DE AMOR-ODIO

Además de analizar la naturaleza de la contienda rifeña y esa relación con la metrópoli, para entender el auto asumido mestizaje cultural entre los militares africanistas, hay que indagar, aunque sea brevemente, en sus percepciones sobre los colonizados.

El vocablo más habitual en las fuentes manejadas es, cómo no, el de «moro». No resulta sencillo explicar la ambivalencia de esta categoría conceptual (Martín Corrales, 2002; Mateo, 1997 y 2017)²⁷. Se parte de un esquema mental metropolitano del periodo que no diferenciaba más allá de «colonizador» y «colonizado». Sin embargo, los africanistas, sobre el terreno magrebí, se percataron de la existencia de una realidad más compleja, si bien dentro de un mismo esquema binario. A saber, la presencia de «moros amigos», contrapuestos —son constantes las esquematizaciones y visiones caricaturescas— con los «moros salvajes» enemigos (Barcelona, 1986, pp. 153-154; Busquets, 1984, pp. 258; Wievorka, 2003, p. 165), y la lucha de los primeros junto a los españoles, frente a los segundos. Esto no hizo sino complicar para los combatientes españoles lo que habría podido entenderse dentro de un esquema maniqueo simple (buenos frente a malos, civilización frente a barbarie, amigo frente enemigo)²⁸.

²⁶ Un excelente ejemplo de exaltación de la virilidad castrense lo encontramos en el general Silvestre. Sus bravatas y gestos impetuosos, las conocidas como silvestradas, alcanzaron cierto punto de comicidad, incluso entre la milicia. Por ejemplo, en 1915, tuvo el atrevimiento de escribir al director de la *Depache Marocaine*, mostrando toda su admiración hacia el ejército alemán y tildando a los franceses de «invertidos» y de poseer «imbécil orgullo». En Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM), Caja 1524, Carpeta 17.

²⁷ En lo que atañe a su proceso de aculturación, recomendamos los trabajos de José Luis Mateo Dieste (2003) e Irene González (2015).

²⁸ Hubo cabilas fieles a la causa española (la Beni Sicar fue un caso paradigmático) y caudillos que sirvieron a los intereses de Madrid en momentos de enorme dificultad, como fue el

En abril de 1922, el periódico gallego *La Zarpa*, explicaba esta dificultad en los siguientes términos:

No será raro que en las próximas operaciones veamos pelear a nuestro lado la harca amiga de Beni-Said; estas gentes son así. Lo importante, para ellos, es combatir, sin que se paren a considerar con quién lo hacen. Hasta ahora creían que a España se le podía hacer la guerra impunemente, y contra España iban en nombre del Profeta y de la raza; pero vinieron las cosas mal dadas, sufrieron varios descalabros y sopló el viento contrario, y, obedeciendo a la veleta que llevan en el interior, ya no dudan en combatir a sus hermanos y perseguir a Abd-el-Krim, sin perjuicio de seguir siendo moros y estar a bien con Mahoma (Fernández Oxea, 1985, p. 138).

Esta dualidad en la percepción española de los *moros* fue volátil debido a las múltiples traiciones, alianzas y cambios de bando de las tribus y facciones tribales²⁹. A la cabeza en el listado de traiciones, conviene traer a colación en este punto, lo ocurrido en el Desastre de Annual (Macías, 2021). En esta gran debacle militar española, las Fuerzas Regulares Indígenas de la Comandancia General de Melilla desertaron en masa, lo que causó un impacto profundo en los africanistas³⁰. Se imponía un castigo ejemplar, los refractarios a la civilización habían de ser escarmentados; y lo fueron con tropas de choque de lealtad incuestionable, que copiarían el modelo de comportamiento y actitud bélica de los autóctonos, atendiendo al discurso del colonizador.

Fue así como el denominado Tercio de Extranjeros (surgido en 1920) justificó su brutalidad en la *vendetta*: se suponía que respondían a los «salvajes» con su mismo modelo de guerra «incivilizada»³¹. O, dicho de otro modo, a partir de Annual

de la desbandada de Annual. En este sentido, Abd el Malek es el ejemplo. No obstante, siempre había compensaciones de la metrópoli para con sus incondicionales porque el dinero solía ser moneda de cambio habitual para comprar lealtades. En un documento titulado «Peticiónes de Abd el Malek», este caudillo magrebí insistía en la necesidad de tener efectivo para mantener a sus huestes alineadas del lado del alto comisario. En el Archivo General Militar de Madrid, Fondo África, Ministerio de la Guerra, Est. 2, Cuerpo 6, Tab. 8, Leg. 405, Carpeta 1.

²⁹ María Rosa de Madariaga (2005, pp. 114-117) defiende que España se relacionaba en el Norte de África emulando a una poderosa tribu dentro de su *leff* (confederación tribal) y lo utilizaba para enfrentarse a los «resistentes».

³⁰ Incluso cuando se combatía contra una cabila enemiga, se daba la paradoja, esa recurrente ambivalencia, de que los africanistas mostraban su admiración hacia ciertos caracteres y valores bélicos presentes en los rifeños. Ocurría, por ejemplo, con los Beni-Urriaguel: «No sé si son más valientes o más salvajes que los otros rifeños, pero lo cierto es que pelean bravamente y resisten el formidable empuje de nuestras tropas» (Fernández Oxea, 1985, p. 127).

³¹ Pese a las llamadas a extranjeros, conviene precisarse que los españoles fueron el colectivo dominante en los primeros tiempos de la Legión, tanto fue así que en sus primeros compases alrededor del 80 por ciento de sus miembros eran nacionales. Por ello, se puede

se acrecentó la brutalidad de la contienda: se aceleró una imperfecta, quizás por incipiente, retórica colonial que asumía la hermandad entre los oficiales africanistas y los soldados «indígenas» leales a los que dirigían —y admiraban. Semejante fenómeno (sin olvidar que, junto a la práctica de la guerra, también se endurece el discurso, como se aprecia bien en el caso de José Millán Astray) constituyó un marcador de frontera, una diferenciación del africanista con respecto de los no pertenecientes al colectivo (Macías, 2019, pp. 263-278)³².

De sobra era conocido que todo el sistema bélico colonial de España en su protectorado se había fundamentado en el principio de ahorrar vidas de soldados de reemplazo peninsulares. Por ello, la mayor parte del peso de los combates estaba en las tropas mercenarias autóctonas y, desde 1920, de miembros del Tercio. Lo que estimuló y justificó este tipo de organización fue la presencia en el campo de operaciones de un importantísimo número de soldados españoles bisoños y que, cuando se vieron sorprendidos por esta realidad, reaccionaron de forma imprevisible y nada marcial: Annual sirvió como ejemplo paradigmático porque:

acostumbrado el soldado a la protección de las fuerzas indígenas, al faltarle su apoyo, desafectas y volviendo sus tiros contra él, se sintiera desamparado y abdicase de su moral, que no ayudaron a levantar ciertamente ni las circunstancias ni el escaso ascendiente puesto en juego por la oficialidad, también decaída en su espíritu (Picasso, 1976, p. 61).

Las virtudes guerreras, la destreza para el combate de la población rifeña, quedaban fuera de todo cuestionamiento para el miliar africanista. Ahora bien, su lealtad siempre estaría sometida a severo escrutinio (y a maltratos, en algunos casos), limitando las posibilidades de triunfo de este ambivalente, creemos que interrumpir

hablar de «brazo ejecutor» de la venganza nacional, ejercida por compatriotas, a pesar de su denominación de «extranjeros». Un resumen sobre los orígenes del Tercio puede encontrarse en Macías Fernández, 2020, pp. 11-12). Para un análisis exhaustivo y clarificador de la cuestión, véase Ballenilla, 2007.

³² Esta tesis se plantea en los monumentales estudios de Susan Martín-Márquez y de Manuela Marín. La primera arguye que esa «ambivalente fascinación» obedece al pasado musulmán de la península y a la supuesta proximidad racial ibero-bereber. Subraya que, desde 1912, las autoridades españolas intentaron, sin lograrlo del todo, combatir el mestizaje cultural para evitar la confusión de los límites entre colonizador y colonizado. Se refiere a la vigilancia sobre las «teatralerías» de imitación al indígena con ropas exóticas, pero también alude ampliamente a prácticas homoeróticas vinculadas a actos de brutalidad, a la lógica sadoomasoquista del Tercio, etc. (Martín-Márquez, 2011, pp. 215-228); la segunda, compartiendo estas premisas, entiende que España sí adoptó una postura jerárquica y de superioridad racial ante el *moro* (Marín, 2015). Más recientemente, Gemma Torres, desde una perspectiva de género y estableciendo puentes entre el africanismo y el golpe de 1936, ha explorado la ambivalente relación entre combatientes (Torres, 2021).

vido por el trauma de 1921, proceso de asimilación teórica de «África». Annual y su recuerdo se convirtieron en una herida difícil de cicatrizar. Así que, del mismo modo que el proceso de aculturación de la población de la zona española sólo se acentuó una vez finalizada la fase militar para el establecimiento del Protectorado, también el fenómeno de asunción discursiva de cultura bereber entre los oficiales africanistas quedaría pendiente hasta la posterior dictadura franquista (Parra, 2012, pp. 125-175).

En realidad, indagando más en el asunto de la percepción de la categoría de moro y de la población que debía ser colonizada, se encuentran tres imágenes cruzadas que se entrelazan y evolucionan en paralelo hasta conformar una sola después de la pacificación del protectorado en 1927. La primera de estas imágenes nace del orientalismo de matriz romántica, característico de finales del siglo XIX, y que estuvo presente en toda la tarea colonial española en Marruecos, aunque en distintas medidas (Marín, 2009). La sensualidad del «Gran Oriente» fue una de las constantes temáticas donde se refugiaron estos caracteres de tipo romántico. El comandante José María Valdés, conocido africanista, lo muestra a la perfección en una anotación de su diario con fecha del 5 de febrero de 1920: «¡Oh la raza de moros! [...] Estas fiestas denotan un alma, un sentimiento, una poesía incomprendida». Enumerando sus atributos escribió:

Y un amor infinito a su tierra, a sus mujeres, a su **independencia espiritual** [sic], a sus tradiciones, a lo que aprendieron de niños. Junto a un desprecio profundo a lo extranjero, a lo nuevo, a lo que ni saben ni quieren comprender (Valdés, 2007, p. 251).

Como se puede ver, la huella orientalista era clara, especialmente si se atiende a las consideraciones acerca de la poesía, el alma, el sentimiento, la independencia y la conservación de sus tradiciones extrañas y desconocidas.

Lo destacable y, por ello se ha elegido esta cita, es que correspondía a un periodo muy avanzado de la conquista colonial —desde 1909 se venía combatiendo y desde 1912 se había establecido el protectorado. Los africanistas conservaron parte de esta visión romántica y espiritual del pueblo marroquí que, encauzado por la mano tutora del español, podía ser un elemento «civilizado» de provecho³³.

Por otra parte, muchas veces se tendía, y he aquí la segunda imagen cruzada, a concebir a los «moros amigos» como seres infantiles, dotados por su naturaleza de buenas virtudes, pero también de graves defectos que habían de ser eliminados por una mano rectora. No debe pasarse por alto el hecho, además, de que se vertía

³³ Queda sistematizado este pensamiento en un fragmento de la conferencia de José Torrado Sánchez: «El marroquí no está dotado de las malas cualidades que algunos le asignan, sino que su formación moral está todavía sin pulir y necesita ser dirigido como los hombres en su temprana edad» (Torrado Sánchez, 1951, p. 126).

un juicio similar al que se tenía de los soldados europeos que nutrían el ejército colonial de reemplazo. Los ejemplos del trato sobreprotector del oficial a unos y otros son múltiples. El fundador del Tercio de Extranjeros, Millán Astray, lo ejemplifica al referirse a las peticiones de los soldados bajo su mando:

Entonces salía el alma infantil de los soldados [...] El lazo que nos unió fuertemente fue el cariño que, en aumento cada día, acabó por ser completamente paternal y filialmente correspondido [...] Era la vida de familia: el Jefe, el padre; los demás, los hijos (Millán, 1922, p. 47).

El comandante Valdés, en el regreso a su vieja unidad de Regulares, utilizaba el posesivo para sus antiguos subordinados: «me fui destinado a mi Grupo, al de Larache, a mis moros del año 1913 y que son como hermanos míos, fieles y queridos» (Valdés, 2007, p. 240). El mismo tipo de relación era la que presentaba Mola en sus relatos sobre la vida en Dar Akobba: cuando regresó con su vieja unidad pasó la noche con ellos contándole «un sinfín de saladísimas anécdotas» (Mola, 1940, p. 50).

Esta percepción de los «moros amigos», o al servicio de España, encaja con el estereotipo del «buen salvaje», es decir, el individuo en un «estadio de civilización» retardado con respecto a los cánones occidentales que, sin embargo, por esa misma condición de primitivismo conservaría rasgos de pureza natural no corrompidos por la civilización occidental. Vinculado con este tipo de razonamiento, se afianzó la imagen del mercenario «nativo» bajo bandera española como un menor de edad. Y, en consecuencia, ciertas faltas o comportamientos vernáculos, que eran percibidos como incorrectos por los colonizadores, se disculpaban o atenuaban de acuerdo con esa «minoría de edad» de las tropas autóctonas.

La historia del soldado Fares puede ser considerada como ilustrativa de todo lo enunciado porque muestra los buenos atributos naturales de los «moros amigos» y muestra, también, que éstos han de ser tratados como niños por los oficiales que los dirigen. Fares estaba al servicio de la Policía Indígena en el año 1913. Un buen soldado, que se enamoró y pidió la mano de su amor a los padres de la muchacha, quienes, debido a la falta de dinero de Fares, se lo denegaron:

Entonces la idea tentadora acude. Roba en el cuartel de Arzila un fusil y se lo da a los padres de Marien; lo venden y se casan. Más tarde, su delito se descubre y se deshecha la venta, vuelve el fusil al cuartel y Fares entra en el calabozo. Preso Fares, la pobrecilla Marien llora, porque sabe que ella fue en realidad la culpable. Un día y otro Fares purga su grave falta recluido en la prisión. Pero los oficiales, al esclarecerse los detalles del delito pensamos con justicia que el amor era quien había causado el robo; y era explicable en un hombre enamorado probar la mala acción, ¡pues una mujer, puede tanto! Y se le indultó. Hoy es fiel soldado y sigue luchando por la pacificación de su territorio al servicio de España (Valdés, 2007, p. 264).

Conviene hacer notar el halo de romanticismo que se plantea en torno al amor y la mujer, temas siempre recurrentes entre los que contemplan al nativo como ser infantiloides. La admiración hacia ciertos atributos naturales de los «primitivos rifeños», en cualquier caso, se iba haciendo visible desde 1909, cuando comenzaron a apreciarse las condiciones guerreras de estos enemigos. Generalmente, uno de los rasgos más valorados entre los africanistas con respecto a las tropas *moras* bajo su mando fue su supuesta predilección por la lucha y la austeridad, fatalidad y resistencia que presentaban en la primera.

El primitivismo o salvajismo de los montaraces bereberes, la tercera de las imágenes cruzadas que en este trabajo se analizan, habría permitido conservar esos caracteres, supuestamente raciales; por el contrario, en la metrópoli, la civilización liberal occidental habría hecho olvidar la verdadera naturaleza del pueblo español, racialmente belicoso y conquistador. Es perceptible, de nuevo, cómo el belicismo impregna la imagen que los militares españoles tenían de los «nativos» con los que conviven. El general Franco hablaba, sirva de muestra, al referirse a las harcas auxiliares del «instinto guerrero de sus componentes», de «instintos bélicos». Estos calificativos los hacía extensibles a todo el pueblo marroquí. Así, refiriéndose a los sucesos de Annual escribía: «llegó la guerra y al olor de la pólvora brillaron sus ojos, despertó su instinto» (Franco, 1986, p. 217)³⁴.

Ahora bien, a pesar de que ese instinto para la lucha y la valía militar de las tropas «indígenas» estaban fuera de toda duda entre los mandos españoles, sus costumbres guerreras no fueron inicialmente bien vistas; de nuevo el discurso colonial se hacía presente al denunciar una muestra de primitivismo. Es curioso que, sin embargo, se recurrió con el tiempo a ese aparente salvajismo: los oficiales del Tercio y de tropas nativas permitían, e incluso parece que incentivaban, las formas de guerra «incivilizadas». Así lo manifestaba Arturo Barea al hacerse eco de su proceder en el Protectorado:

No hay más que una forma de tratar a los moros si quieres que te respeten, y es a palo limpio. Y encima más palos. Tan pronto como vean que te has ablandado, te has caído. Es a lo que están acostumbrados. El mejor jefe es para ellos el que pega más fuerte. Hay que tratarlos firme (Barea, 2006, p. 72).

El teniente coronel Emilio Mola describía también, de modo tremendamente gráfico, el comportamiento de sus Regulares en combate cruento mostrando de pleno su supuesta y pregonada carencia de civilidad:

³⁴ Berenguer señalaba que «por su situación geográfica y carácter belicoso pueden ser un peligro constante para la seguridad de nuestra zona» (Berenguer, 1923, p. 132).

Muertos y más muertos, dentro del agua, entre las piedras, enterrados bajo los escombros [...] todos desnudos o casi desnudos, con heridas horribles, cráneos deshechos, brazos y piernas separadas del tronco, vientres abiertos mostrando a la intemperie repugnantes mondongos de color indefinido (Mola, 1940, pp. 197-198).

Y reflexionaba a propósito de las costumbres bélicas de los mismos: «Deshacía un cráneo a culatazos o hundía su machete buscando un corazón... ¡Desahogo cruel y bárbaro! ¡Siempre la bestia humana cruel y vengativa!... Me dio vergüenza haber nacido hombre» (Mola, 1940, p. 198). En conclusión, en un espacio colonial tan limitado y con un contingente de aliados y enemigos variable y permeable entre las cabilas norteafricanas, la identificación del amigo-enemigo, necesaria para facilitar la tarea del soldado, resultaba una misión complicada porque convivían la profunda fascinación y el intenso repudio, a los que se unía aquella visión tardo-romántica antes comentada³⁵.

5. LOS AFRICANISTAS Y ANNUAL: DESCIFRANDO EL ROMPECABEZAS DEL RIF

Debemos retornar al análisis del caso extremo de Annual para comprender las dificultades de la labor colonizadora en el Rif. Por un lado, sabemos que gran parte del desastre fue debido a las deserciones masivas de «indígenas» del bando español y a un levantamiento generalizado de las cabilas teóricamente pacificadas y sometidas a España. Por otro lado, en gran medida, la salvación de Melilla y la «reconquista» se debieron al buen desempeño de las tropas Regulares de Ceuta y la harca amiga del famoso caudillo Abd-el-Kader. Los comentarios del momento revelaban a las claras el entusiasmo que este personaje despertaba: «¡Ya quisieran muchos de los caciques gallegos tener la prestancia de Abd-el-Kader o el tipo venerable de Misian el Bueno!» (Fernández Oxea, 1985, p. 189).

También Francisco Franco, refiriéndose a Abd-el-Kader, señaló que «todos sentimos gratitud hacia el noble caíd [...] que en momentos difíciles ha confirmado su fidelidad». El mismo militar describió el comportamiento diferencial de los habitantes locales así:

Horas después [de Annual] llegan los Regulares a las órdenes del heroico González Tablas; el recibiendo es algo frío; la gente ignora el mérito de estos soldados indígenas que pelean por España; la mal llamada traición de los Regulares de Melilla hace que inspiren desconfianza; muy pronto prueban lo contrario (Franco Bahamonde, 1939, p. 80).

³⁵ Para un examen breve sobre la idea de la hermandad hispano-marroquí y de las semejanzas del colonialismo hispano en Marruecos con otros imperios (frustración compartida, derivada del habitual carácter inconcluso de estas contiendas y conducente al endurecimiento de métodos de lucha), recomendamos el trabajo de Geoffrey Jensen (2019).

Millán Astray, por último, se pronunció también el mismo sentido a propósito de la debacle militar de 1921:

Acamparon junto a nosotros, y ya no nos habíamos de separar hasta que aquellos dos Tabores de Regulares, en los que su espíritu de sacrificio y resistencia había de llevar al heroísmo, fueron deshechos materialmente en los treinta y tantos combates en que tomaron parte (Millán, 1922, pp. 187-188).

Simultáneamente, a los protagonistas de la masacre de Annual se les caracterizaba en la prensa como «salvajes», «fanáticos bereberes»; se decía que «borrachos de sangre, los infieles escarnecían los cadáveres profanándolos con herejías increíbles» (Fernández Oxea, 1985, pp. 43 y 216; Franco, 1986, p. 196). La cuestión de las mutilaciones y torturas a los capturados en el desastre de Annual está ampliamente recogida en las narraciones del momento y sus descripciones muestran un panorama de crueldad considerable que dejó huella en la opinión española. Bajo el pseudónimo de Juan de España, quizás un militar o alguien muy próximo, escribía justificando la labor del ejército:

Un país que, a la puerta misma de Europa, y enclavado entre dos mares [...] se obstinaba en aislarse total y hostilmente de las corrientes de civilización, una civilización para la que sólo tenía actos de verdadera animadversión, a las veces expresada con todo el cortejo de síntomas propios de un pueblo bárbaramente fanático y enquistado en creencias y procedimientos sólo explicables en la época medioeval [sic] (España, 1926, p. 12).

Annual reavivó, así pues, dos visiones simétricamente opuestas del nativo entre los africanistas; visiones que se nutrían de diferentes estereotipos, con largo recorrido, y que torpedeaban un proceso peculiar de asunción discursiva —incluso estética— de rasgos bereberes. Además, para entender la movilidad de las facciones «indígenas» en pro y en contra de los españoles, no debemos minusvalorar el complicado sistema de alianzas entre distintas familias sanguíneas y tribus (Hart y Ahmed, 1999)³⁶. Tampoco la intervención de intereses internacionales en el protectorado en distintas coyunturas históricas —paradigmático resulta el caso de la Gran Guerra con agentes alemanes y otomanos muy activos (Macías, 2016)—, y la misma naturaleza de la empresa colonial española, siempre dubitativa y deficiente en medios (Ramiro, 2001). La suma de todos estos factores generó un natural sentimiento de desconfianza en los mandos africanistas hacia los

³⁶ María Rosa de Madariaga tiene una interesante teoría sobre el papel de España en el panorama tribal norteafricano: se comportaría como la cabila más poderosa de su *leff*, confederación tribal. Esto explicaría, en parte, las cambiantes fidelidades rifeñas (Madariaga, 2005, pp. 114-117).

autóctonos; sentimiento que antes de Annual se había tendido a disculpar en la medida en que se defendió esa imagen infantilizada del marroquí.

Antes del trágico verano de 1921, los africanistas asumieron que la deserción o el enfrentamiento contra la «civilización» eran causados, en gran medida, por un agente externo a la naturaleza «mora» (híbrida de caracteres positivos, ligados al combate, y negativos, ligados a los vicios terrenales y la mentira) y contrario a los intereses de España, lo que disminuía su culpa. Así las cosas, fue habitual responsabilizar de envenenar el buen entendimiento a la alta jerarquía social de la religiosidad heterodoxa de los morabitos. De este modo arrojaban balones fuera:

Escudados en el fanatismo religioso, oculto bajo la misteriosa labor de las cofradías religiosas, explotando hábilmente la complacencia y predisposición de todo musulmán para acoger y apoyar la rebeldía o para encubriarla con el silencio [porque] aunque la organización coránica es cosa olvidada entre los pueblos bereberes, no ha desaparecido la disciplina religiosa de nuestras cofradías (Franco, 1986, pp. 186-187).

El discurso inicial a propósito de la imprescindible labor de civilización española en el Rif había propuesto, de hecho, la división de los locales por cabilas y ciudades, según se tratasen de elementos árabes o arabizados frente a bereberes. O lo que es lo mismo, distinguiendo seguidores del islam ortodoxo frente al heterodoxo (morabitismo). El comandante Uriarte es meridianamente claro en torno a la reprobación de la última corriente religiosa: «[P]aís de Chorfas y poblado por gentes que conservan rasgos de las antiguas herejías musulmanas con reminiscencias del culto pagano y del de otras religiones» (Uriarte, 1930, p. 57). A continuación, añade la importancia política de los morabitos y cofradías.

Se partía de la concepción siguiente: los *moros* que habitaban en las ciudades y las cabilas más pacíficas y «civilizadas» pertenecerían étnicamente a la «raza» árabe o a la bereber arabizada, donde se daba la religiosidad ortodoxa. Esta rama islámica era percibida, en consecuencia, como la variante más avanzada —civilizada— mientras, aquellas tribus más belicosas y que habitaban las zonas más agrestes del protectorado se correspondían étnicamente con los bereberes y se regían por la religiosidad musulmana de los morabitos (Sangróniz, 1921, p. 277)³⁷. Esta era percibida por los colonizadores españoles así: una serie de creencias populares y sectarias, muy ligadas a la magia y a la superstición, desde la visión del colonizador eran

³⁷ La expresión procede de la palabra *marabut* y alude a las sepulturas de los hombres santos y a la veneración que por ellos se sentía en Marruecos. De hecho, el culto que se realizaba a los santos era mayor al que se rendía al propio Profeta, lo que generaba sorpresa entre los invasores. El morabitismo convivió con otras dos prácticas no puramente islámicas: el xerifismo y el sufismo.

signos inequívocos de primitivismo³⁸. Hay quien, incluso, lo vinculaba con ciertos placeres instintivos, de nuevo un cliché del colonizador. El ilustre africanista Tomás García Figueras habla de «prácticas absurdas y desconcertantes» que se concretan en «danzas extáticas incomprensibles» y «placeres que, por su propia fiereza resultan para nosotros extraños» (García Figueras, s. a., p. 1). La pésima imagen que la religiosidad popular bereber en medios coloniales españoles queda perfectamente reflejada en la siguiente sentencia del ex alto comisario Berenguer:

Hay que tener en cuenta que nos encontrábamos frente a uno de los focos de fanatismo musulmán, fanatismo que había aquí derivado de los puros principios del Islam a una desenfadada era antropolatría, una de las más curiosas degeneraciones del Islam marroquí, tan pródigo en ellas, pues para muchos de los habitantes de Beni Arós, Muley Abd el Selam tanto o más que el profeta Mahoma (Berenguer, 1923, p. 52).

Evidentemente, nos hallamos ante una división colonial eurocéntrica, en la que los elementos «nativos» más pacíficos y proclives a la instauración de la administración colonial eran valorados positivamente frente al rudo bereber de las montañas. Semejante clasificación pecaba de simplista por etnia (árabe-bereber), por religiosidad (sunnismo-morabitisimo), por lengua (árabe frente a cherja) y por lugar de habitación (ciudad y llano frente a montaña); pero conforma la raíz de algunos estereotipos persistentes sobre el *moro*.

A pesar de lo contradictorio que resulta, los militares africanistas acabaron, sobre todo después de Annual, por ensalzar las virtudes del montañés bereber rudo e incivilizado frente al tipo arabizado. Hasta tal punto fue así que este segundo tipo terminó estigmatizado por débil y cobarde; resultó, además, curiosa su asimilación con el judaísmo, debido al carácter antisemita que circulaba en el ambiente filosófico de contestación a la razón en aquel periodo:

El enemigo se pronuncia en su huida por la otra vertiente y, al coronar la loma le perseguimos con nuestro fuego por el llano. No es este el moro duro y valiente de días anteriores. Son los judíos de MTalza que huyen al primer encuentro (Franco, 1986, p. 186)³⁹.

³⁸ «El carácter y costumbres indígenas, tan variados en los distintos territorios, ya se trate de las cabilas pacificadas o de antiguo sometidas, ya de otras más rebeldes (árabes o islamizadas) o de aquellas bereberes, que jamás reconocieron autoridad alguna» (Franco, 1986, pp. 235-236).

³⁹ Hasta los observadores ajenos a la milicia reflejaban esta ambivalencia: «En el fondo, los beniuirriagueles sienten un desprecio profundo hacia estos guelayas nómadas, capaces de humillaciones y afrentas que ellos jamás consistieron [...] Porque sus habitantes son más fuertes, más valerosos, más indómitos, y porque son —en todos los conceptos, incluso en el de la altivez— más hombres que los cabileños de estos andurriales» (Prieto, 2001, p. 76).

Semejante fenómeno de ensalzamiento del correoso enemigo rifeño obedeció a que se había creado una mística de la dura guerra colonial en la que los oficiales españoles de las unidades de choque, tanto de «nativos» como de europeos, asumían que se habían hermanado «espiritualmente» con el inhóspito y áspero terreno norteafricano y con sus habitantes⁴⁰. Por contraste, los supuestos atributos positivos del nativo arabizado y pacífico fueron ahora desechados como posibles marcadores de frontera de los africanistas, puesto que eran elementos parecidos a los de la metrópoli y, evidentemente, quedaban descartados como opción para la regeneración patria.

Los africanistas se articularon, para terminar, como una comunidad muy bien caracterizada por la asunción —cuanto menos discursiva— de rasgos atribuidos al mundo bereber y, a la par, percibidos de él. Aquel en el que estuvieron destinados, implicándose en la guerra y/o en la administración del territorio. Este hecho les permitió establecer una distinción, un marcador de frontera, entre un nosotros imbuido de esa cultura bereber —su vitalidad— y cualquier otra identidad metropolitana, que no había tenido ese contacto estrecho con el mundo africano.

Al final, en la forja del imaginario africanista se da una curiosa dualidad: era un grupo de origen europeo, lo que desde una lectura racista se traducía como *colectivo perteneciente a la civilización*, pero que no había sido afectado por la percibida decadencia occidental. Su estancia en colonias les había aislado. Al mismo tiempo, el contacto con el rudo bereber les dio, acorde con su discurso y su autopercepción, una serie de caracteres extintos en la metrópoli: la austeridad, la bravura y el fatalismo. Por descontado, la guerra era el crisol donde se fundía todo el discurso africanista. El propio Franco puede ilustrar lo dicho con su siguiente narración:

Son estos harkeños para las columnas un poderoso auxiliar, otean el terreno, levantan la caza, exploran y fijan al enemigo para que la columna maniobre y entable el combate en las más ventajosas condiciones. Sus bravos oficiales se identifican pronto con el carácter de estas fuerzas irregulares, que cuando se encuentran apoyadas sacan incalculable rendimiento al instinto guerrero de sus componentes (Franco, 1986, p. 217)⁴¹.

⁴⁰ El comandante Valdés, al mando de tropas «indígenas», decía: «He realizado cometidos de dificultad, guiando por lugares desconocidos y enemigos a mis gentes. Velando en los más altos montes entre las avanzadas, combatiendo en trances duros con valerosos contrarios». Hay que destacar que luchaba al mando de «nativos» contra «valerosos contrarios» (Valdés, 2007, p. 278).

⁴¹ Muñoz Grandes, jefe español de la harca de Abd-el-Malek, convivía durante largos periodos con sus tropas irregulares ejerciendo una guerra de guerrillas contra la República del Rif y su identificación con sus subordinados era total: «Nos llenó de admiración y de risa aquella sencilla convivencia del jefe con sus soldados» (Togores, 2007, p. 66).

6. CONCLUSIONES

El estudio del proceso de conformación de la identidad y el imaginario africanista ha permitido la aproximación a un interesante, aunque parcial, ejemplo de asimilación discursiva de caracteres del colonizado por un grupo colonizador, situado en los confines del mundo occidental. Esta élite colonizadora, los africanistas, fueron reconociéndose como tal a lo largo de las campañas de Marruecos (1909-1927) y se fueron diferenciando de los grupos peninsulares gracias a un discurso identitario basado, en buena medida, en la inclusión de marcadores de frontera asimilados de la naturaleza percibida de los bereberes. Esos rasgos grupales fueron, a su vez, el fruto de la experiencia bélica en el norte de África y de la convivencia —no especialmente estrecha en el sentido arabista— con sus moradores. A pesar de esta supuesta vinculación del africanismo con el duro nativo rifeño, los primeros siempre reivindicaron su adscripción metropolitana, lo que entendían era pertenecer al mundo occidental y, con ello, a la civilización. Esta era la forma de justificar su superioridad con respecto a los autóctonos.

El africanismo comenzó a articularse por el impacto que para la conciencia del ejército español supuso el *Desastre* de 1898. La crisis nacional española de fin de siglo, inserta en una crisis mayor de la conciencia europea, desencadenó la búsqueda de una nueva cosmovisión por un determinado sector militar español, en este caso el que llevó el peso de las guerras y la colonización marroquí. Ante el percibido agotamiento de las filosofías racionales, algunos planteamientos belicistas, irracionales y vitalistas sirvieron de herramientas conceptuales a través de las cuales ver el mundo. Esta nueva forma de entender la realidad fue la responsable de que ciertos comportamientos tildados de «salvajes» por el discurso colonizador se llegasen a admirar y se incluyesen (ya sea real o teóricamente) como elementos definidores de la familia africanista. Esta, tal y como se ha venido señalando y atendiendo a sus propios documentos, se erigió como una mezcla del mundo colonial y metropolitano, con lo mejor de ambos. Ello hizo que los africanistas no se identificasen totalmente con ninguno de sus mundos fundacionales y que creyesen que, en su papel de elemento bisagra entre dos espacios completamente distintos, eran los destinados a ejercer el cambio para el bien mutuo. Es decir, su anhelo pasaba por trasladar a la decadente España el vigor del que se entendía era un «incivilizado» y, en el caso inverso, llevar los supuestos beneficios de la civilización a la colonia.

Esa percepción o imagen de enorme singularidad y elitismo de los africanistas, unida a su fuerza (ocupaban importantes cargos militares y mandaban las unidades más experimentadas y mejor equipadas del ejército), hicieron que se articularan como un grupo de presión muy destacado en la España del primer tercio del siglo xx.

La contienda en el Magreb sentó, para terminar, el poso de unos valores profundamente nacionalistas: fueron, en buena medida, los herederos de la frustración,

el rencor y el aislamiento propios de los militares posnoventayochistas. Al mismo tiempo, integraron e impulsaron una embrionaria derecha extraparlamentaria. Porque frente a los progresos del socialismo —y la amenaza del obrerismo— y de los movimientos políticos centrífugos y ante el creciente antimilitarismo de la opinión pública, los africanistas encarnaron, eso creían ellos, la auténtica identidad nacional. El africanismo fue una cultura de guerra, que se forjó al calor de la batalla y, en parte por ello, se caracterizó por unos lazos de fidelidad y de solidaridad muy intensos, como se vería en el comienzo de la guerra civil española en 1936, cuando la mayor parte de los africanistas «ilustres» se situaron en el bando sublevado.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alonso Ibáñez, M.^a I. (2004). *Las Juntas de Defensa Militares (1917-1922)*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- Al Tuma, A. (2018). *Guns, culture and Moors. Racial perceptions, cultural impact and the Moroccan participation in the Spanish Civil War*. Londres: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315098814>
- Archilés, F. (2012). Piel moruna, piel imperial. Imperialismo, nación y género en la España de la Restauración (c. 1880-c. 1909). *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 42(2), pp. 37-54. <https://doi.org/10.4000/mcv.4530>
- Atienza Peñarrocha, A. (2012). *Africanistas y junteros: el ejército español en África y el oficial José Enrique Varela Iglesias*. (Tesis doctoral inédita). Universidad Cardenal Herrera-CEU, Valencia.
- Balfour, S., La Porte, P. (2000). Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars, 1909-1936. *European History Quarterly*, 30(3), pp. 307-332. <https://doi.org/10.1177/026569140003000302>
- Balfour, S. (2002). *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la guerra civil en España y Marruecos*. Barcelona: Península.
- Balfour, S. (2003). El otro moro en la guerra colonial y la guerra civil». En González Alcantud, J. A. (ed.), *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos* (pp. 65-110). Barcelona: Anthropos.

- Ballenilla, M. (2007). *La Legión española 1920-1927, la creación de una unidad colonial*. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Almería, Almería.
- Barcelona Llop, J. (1986). Profesionalismo, militarismo e ideología militar. *Revista de Estudios Políticos*, 51, pp. 127-162.
- Barea, A. (2006). *La Ruta*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Berenguer, D. (1923). *Campañas en el Rif y Yebala. 1921-1922. Notas y documentos de mi diario de operaciones*. Madrid: Editorial Voluntad.
- Blanco, A. (2012). *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Burrow, J. W. (2001). *La crisis de la razón. El pensamiento europeo 1848-1914*. Barcelona: Crítica.
- Busquets, J. (1984). *El militar de carrera en España*. Barcelona: Ariel.
- Caballero Echevarría, F. (2013). *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar, Annual*. (Tesis doctoral inédita). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Costa, J. (1882). El Comercio español y la cuestión de África. Madrid: Imprenta de la Revista de Legislación y Jurisprudencia.
- España, J. de (1926). *La actuación española en Marruecos*. Madrid: Imprenta de Ramona Velasco.
- Fernández Oxea, X. R. (1985). *Crónicas de Marruecos. Tras la rota de Annual*. Barcelona: Sotelo Blanco.
- Franco Bahamonde, F. (1924). Los mandos. *Revista de Tropas Coloniales*, 1(1), pp. 5-6.
- Franco Bahamonde, F. (1939). *Marruecos. Diario de una Bandera*. Sevilla: Editorial Católica Española.
- Franco Bahamonde, F. (1986). *Papeles de la guerra de Marruecos*. Madrid: Fundación Nacional Francisco Franco.

- Gajate Bajo, M. (2012). *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*. Madrid: IUGM.
- Gajate Bajo, M. (2019). El protectorado, las campañas hispano-marroquíes y la opinión pública (1902-1923). *Revista Universitaria de Historia Militar*, 8(16), pp. 82-103.
- García Balañá, A. (2018). 1895. Antes del Desastre. En Núñez Seixas, X. M. (coord.), *Historia Mundial de España* (pp. 670-676). Madrid: Destino.
- García Figueras, T. (s. a). *Cofradías religiosas en Marruecos. Hamadcha y Aisaua. (Su origen —Sus supersticiones— Su fanatismo)*. s. l., s. n.
- González González, I. (2015). *Escuela e ideología en el Protectorado español en el norte de Marruecos (1912-1956)*. Barcelona: Bellaterra-Casa Árabe.
- Hall, M. C. (2005). *Alfonso XIII y el ocaso de la monarquía liberal, 1902-1923*. Madrid: Alianza.
- Montgomery Hart, D., Raha Ahmed, R. (1999). *La sociedad beréber del Rif marroquí. Sobre la teoría de la segmentariedad en el Magreb*. Granada: Universidad de Granada.
- Hunt, S., Benford, R., Snow, D. (1994). Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos. En Laraña, E. y Joseph Gusfield, J. (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad* (pp. 221-252). Madrid: CIS.
- Huntington, S. (1957). *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations*. Cambridge: Belknap Press.
- Ibn Azzuz Hakim, M. (1997). *La actitud de los moros ante el alzamiento. Marruecos 1936*. Málaga: Algazara.
- Iglesias Amorín, A. (2015). Los intelectuales españoles y la guerra del Rif. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 3(5), pp. 59-77.
- Iglesias Amorín, A. (2016). La cultura africanista en el Ejército Español (1909-1975) *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15, pp. 99-122. <https://doi.org/10.14198/PASADO2016.15.04>

- Jensen, G. (1995). *Intellectual foundations of Dictatorship: Spanish military writers and their quest for cultural Regeneration*. New Haven: Universidad de Yale.
- Jensen, G. (2019). Las campañas hispano-marroquíes en el contexto de la guerra colonial europea. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 8(16), pp. 17-40.
- Luque, A. (1901). El sentimiento de la patria, en *Anales del ejército y la Armada*, Madrid, T. 1, p. 83.
- Macías Fernández, D. La conspiración turco-comunista: Espías, contrabandistas e instructores extranjeros en el Rif. *Dicronie*, 28(4). <https://doi.org/10.4000/diacronie.4699>
- Macías Fernández, D. (2019). *Franco «nació» en África: los africanistas y las campañas de Marruecos*. Madrid: Tecnos.
- Macías Fernández, D. (2020). Orígenes y fundación de la Legión (1920). *Cuadernos de Historia Militar 1. Cien años de la Legión, 1920-2020* (pp. 8-21). Madrid: Desperta Ferro.
- Macías Fernández, D. (2021). *A cien años de Annual. Las guerras de Marruecos*. Madrid: Desperta Ferro.
- Macías Fernández, D., García Pujades, S. (en prensa). El africanismo castrense: un estado de la cuestión. *Studia Historica. Historia Contemporánea*.
- Madariaga, M. R. (2005). *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*. Madrid: Alianza.
- Madariaga, M.ª R. (2009). *Abd-el-Krim el Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid: Alianza.
- Marín, M. (2009). Orientalismo en España: estudios árabes y acción colonial en Marruecos (1893-1943). *Hispania*, 69(231), pp. 117-146. <https://doi.org/10.3989/hispania.2009.v69.i231.101>
- Marín, M. (2015). *Testigos coloniales: españoles en Marruecos (1860-1959)*. Barcelona: Bellaterra.
- Martín Corrales, E. (2002). *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica: siglo XVI-XX*. Barcelona: Bellaterra.

- Martín-Márquez, S. (2011). *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*. Barcelona: Bellaterra.
- Martín Peinador, L. (1908). *Estudios geográficos. Marruecos y plazas españolas. Túnez y Trípoli. Sahara y Sahara español. Guinea ecuatorial e insular española. Problema marroquí*. Madrid: Editorial Bernardo Rodríguez.
- Mas Chao, A. (1988). *La formación de la conciencia africanista en el Ejército español (1909-1926)*. Madrid: SGE.
- Mateo Dieste, J. L. (1997). *El «moro» entre los primitivos. El caso del Protectorado español en Marruecos*. Barcelona: Fundación La Caixa.
- Mateo Dieste, J. L. (2003). *La hermandad hispano-marroquí. Política y religión bajo el Protectorado español de Marruecos (1912-1956)*. Barcelona: Bellaterra.
- Mateo Dieste, J. L. (2017). «Moros vienen». *Historia y política de un estereotipo*. Melilla: Instituto de las Tres Culturas.
- Millán Astray, J. (1922). *La Legión*. Madrid: Editorial Palomeque.
- Mola Vidal, E. (1940). *Obras completas*. Santander: Aldus.
- Nerín, G. (2005). *La guerra que vino de África*. Barcelona: Crítica.
- Prieto, I. (2001). *Crónicas de la guerra. Melilla 1921*. Málaga-Melilla: Algazara.
- Nogué, J., Villanova, J. L. (1999) *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida: Editorial Milenio.
- Parra Montserrat, D. (2012). *La narrativa del africanismo franquista. Génesis y prácticas socioeducativas*. (Tesis doctoral inédita). Universidad de Valencia, Valencia.
- Prieto, I. (2001). *Crónicas de guerra. Melilla 1921*. Málaga-Melilla: Algazara.
- Puell, F. (2019). *Historia del ejército en España*. Madrid: Alianza.
- Queipo de Llano, G. (1924). El problema de Marruecos. *Revista de Tropas Coloniales*, 1(2), pp. 1-2.

- Ribas, P. (1998). Contexto sociocultural de la Generación del 98 (1895-1905). *Anuario Filosófico*, 31, pp. 55-70.
- Picasso, J. (1976). *Expediente Picasso. Documentos relacionados con la información instruida por el señor general de división D. Juan Picasso sobre las Responsabilidades de la actuación española en Marruecos durante julio de mil novecientos veintiuno*. México D. F.: Frente de Afirmación Hispanista.
- Ramiro de la Mata, J. (2001). *Origen y dinámica del colonialismo español en Marruecos*. Ceuta: Ciudad Autónoma de Ceuta, Archivo Central.
- Rodríguez Jiménez, J. L. (2006). Una unidad militar en los orígenes del fascismo en España: La Legión. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5, pp. 219-240. <https://doi.org/10.14198/PASADO2006.511>
- Ruiz Albéniz, V. (1921). *España en el Rif (1908-1921)*: Madrid: Biblioteca Hispania.
- Sangróniz, J. A. de. (1921). *Marruecos: Sus condiciones físicas, sus habitantes y las instituciones indígenas*. Madrid: Rivadeneyra.
- Streets-Salter, H. (2005). *Martial races. The military, race and masculinity in British imperial culture, 1857-1914*. Manchester: Manchester University Press.
- Stucki, A. (2017). *Las guerras de Cuba. Violencia y campos de concentración (1868-1898)*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Schulze Schneider, I. (2003). *La prensa político-militar en el reinado de Alfonso XIII*: Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales
- Terreros Ceballos, G. (2013). *Antonio Maura y la cuestión marroquí*. (Tesis doctoral inédita), Universidad Complutense de Madrid.
- L. E. (2007). *Muñoz Grandes. Héroe de Marruecos, general de la División Azul*. Madrid: Esfera de los Libros.
- Torrado Sánchez, J. (1951). *Selección de Conferencias pronunciadas en la Academia de Interventores durante el curso 1950-1951*. Tetuán: Alta Comisaría de España en Marruecos, Delegación de Asuntos Indígenas.

- Torres, G. (2017). La reivindicación de la nación civilizada: masculinidad española en el discurso colonial sobre Marruecos (1900-1927). *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39, pp. 59-81. <https://doi.org/10.5209/CHCO.56266>
- Torres, G. (2021). The role of Rifian virility in the shaping of Spanish masculinity during Spain's colonial wars in the Rif (1900-1927): from admiration to colonial hierarchy. *The journal of North African Studies*. <https://doi.org/10.1080/13629387.2021.1917395>
- Uriarte, J. (1930). *Cofradías religiosas en Yebala y diversas Taifas de Xorfas Zauías – Santuarios*. Alta Comisaría de Marruecos: Tetuán.
- Valdés Cavanna, J. M.^a (2007). *Comandante Valdés. Memorias de África*. Madrid: De librum tremens.
- Villalobos, F. (2004). *El sueño colonial. Las guerras de España en Marruecos*. Barcelona: Ariel.
- Wesseling, H. (1999). *Divide y vencerás. El reparto de África (1880-1914)*. Barcelona: Ediciones Península.
- Wievorka, M. (2003). Violencia y Crueldad. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 37, pp. 55-71.